

VUELTA DE LA ESQUINA

CONTRA LAS PRESENTACIONES DE LIBROS

No sé cuándo ni cómo apareció en México una moda que, degenerada, se ha impuesto entre editores, promotores culturales, snobs, intelectuales, escritores y artistas, sin traer casi nunca beneficios, sino más bien estragos: las presentaciones de libros. Aunque hay una hipótesis: según Armando Ayala Anguiano, la primera presentación de un libro en México ocurrió en 1959 en la librería Zaplana del centro de la capital, con Luis Spota y Roberto Blanco Moheno como fundadores de la tradición. Si aquella presentación tuvo resonancia, las actuales más bien irritan al presentador y regocijan al espectador inteligente con sentido del humor.

Ceremonia ridícula, consiste en exaltar la vanidad del autor de un libro y la de quienes lo presentan. Un moderador asume el papel de maestro de ceremonias, de diversos modos. Al principio lee los currícula de los participantes, señala sus méritos y sus virtudes; al final resume los elogios vertidos en el curso del acto. Es infrecuente que dirima los pleitos suscitados por la obra en cuestión, pues el objeto de las presentaciones es el encomio del autor y de su libro. Por eso casi nunca son divertidas.

La ceremonia procede de la mercadotecnia, pero está probado que no ayuda a la venta y la difu-

sión de los libros. No es comercial, pues. Asisten amigos del autor (o sus enemigos, para refirse) y quienes no tienen otra manera de enterarse de que se ha publicado un libro, pues la prensa, a través de los suplementos culturales, ha disminuido la presencia de reseñas bibliográficas en beneficio de las presentaciones. En consecuencia, son anticulturales.

El típico presentador es alguien ni famoso ni desconocido, aunque los organizadores quisieran sólo famosos en la mesa. Suele leer un texto realizado exproreso, con varios inconvenientes. Frente a sí mismo: es asaltado y atacado, pues se vuelve víctima de la generosidad del autor y los realizadores de la ceremonia, que son los que cobran por organizarla (viven de eso) a cambio de regalos (un libro elegido por el victimario, una cartera que no se usa ni puede regalarse como "roperazo", un diploma en pergamino que por pudor no se cuelga, etcétera); pierde una semana o más leyendo un libro que tal vez no le interesa; se vuelve deshonesto leyendo no para consumo propio, sino para elogiar al autor, al cual no puede criticar en público delante de él, si es su amigo.

En mi caso personal, los días anteriores a las presentaciones son una tortura. No puedo hacer otra cosa que leer un libro, y debo aprenderlo de memoria para que el autor no se ofenda y el público no se decepcione. El asunto no queda ahí; el autor y los organizadores no se conforman con un presentador: invitan a tres, y aun he visto a seis juntos. La tortura

de la semana anterior culmina el día en que la presentación se realiza, pero queda la de oír a las otras víctimas. A unas les da por hablar, a otras por leer. Suele ocurrir que los que hablan no hayan tomado en serio el acto ni leído el libro y elogien al autor a partir de las pistas que obtuvieron hojeando el texto y oyendo a los que hicieron la tarea. Los que leen son los peores: se toman en serio y se hundan profundamente en la tontería y el lugar común. Las presentaciones son anticreativas.

Los organizadores son personas ingenuas (como todo perverso) y no parecen conscientes de sus actos. Casi siempre arribistas de la cultura, "hacen como que hacen" y en realidad se aprovechan de la parte imbécil de quienes les dicen que sí a todo. Su oficio es "envolver" al candidato a presentador del acto con artimañas, influencias, súplicas y recordatorios de la amistad que une al autor con su virtual presentador —como dijo Abel Quezada: "A los amigos se les conoce en la cárcel, en la enfermedad y en las presentaciones de libros. Su actividad es mecánica y no creativa: hacen llamadas telefónicas, contratan meseros, consiguen un local, sistemas de sonido, envían invitaciones.

Con todo lo cual le quitan vitalidad a la cultura, fomentando la virtualidad de la vida cultural (son culpables de que no leamos muchas reseñas bibliográficas de los libros); impiden que los autores se concentren en su trabajo (les roban una semana, sin que les paguen); están a la moda (la cultura lo está, ahora) y, finalmente,

logran hacerse tontos y hacer tonta a la gente con un acto (payasada, "table dance" culturano, tentadero) que bien visto resulta grotesco e indigno para los editores, los autores, los escritores y la sociedad.

Los asistentes raramente se divierten. Van por que les ofrecen copas y canapés gratis. Los familiares y seguidores del autor y de los presentadores esperan oír cosas brillantísimas, sublimes. Qué culpa tienen. Son víctimas de la banalidad cultural que imponen hoy estos actos.

Si las ridículas ceremonias son poco comerciales, propician la deshonestidad de los actores, torturan y le quitan el tiempo a los intelectuales, son ejercicios de vanidad y de promoción del ego, son aburridas, anticreativas y anticulturales, ¿por qué se permiten? Por debilidad espiritual; por falta de seriedad; por complicidad; por perversión. Cuando me invitan a una digo que no, aun si el autor es mi amigo y el organizador pretende ser mi cómplice. <

GUILLERMO TOVAR Y DE TERESA

¡PRECAUCIÓN! LITERATOS MEXICANOS AL VOLANTE



"No es la primera vez que chocamos ni será la última", sentenció mi amigo escritor, en el bar, después de que sobrevi-

vimos a un accidente automovilístico. La sospecha de que manejar bien la pluma es prácticamente incompatible con manejar bien el volante, me puso a pensar en escritores que de plano no manejan, sobre todo los nacionales, cuyas rutinas urbanas conozco mejor.

Por la famosa frase de que podía entrar a un taxi sin agacharse, sabemos de Alfonso Reyes que su proverbial prudencia lo hacía preferir en estas cosas el servicio público, mientras su amigo Julio Torri se movía en bicicleta, raudo al llamado de humildes Circes. Estoy casi seguro de que Torres Bodet y Gorostiza tenían chofer; no concibo manejando a Villaurrutia, Owen se habría matado al primer intento y Novo manejaba, pero como buen cronista de la ciudad, prefería caminarla. En esto, como en tantas cosas, Octavio Paz representa la cordura: no maneja. Tampoco Alf Chumacero (a quien no hace tanto lo embistió un auto, y salió tan campante, rumbo a sus 80 años), ni Bonifaz Nuño. Creo que ese gran fantasma de las librerías del sur que era Rulfo no manejaba. Arreola siguió la tradición torriana, fina, estilística, del manubrio: hasta no hace tantos años iba por el pan en bicicleta. Alatorre no maneja y José Luis Martínez tampoco. A Sabines, a Monsiváis y a Elena Poniatowska los detendrían a cada cuadra para pedirles autógrafos. Creo que Inés Arredondo no manejaba y que Elena Garro, Margarita Michelena, Pita Amor y Ulalume González de León hacen muy bien en no manejar. Que

yo sepa, Mutis no maneja. Ni Rossi. Xirau tuvo la sabiduría de contratar chofer. También de chofer era García Terrés. Cuando habla, Carlos Fuentes da la impresión de que maneja, pero muy apresuradamente. Melo sólo sabía manejar sonámbulo. Eduardo Lizalde dejó para siempre de manejar cuando, muy joven y a bordo de uno de esos carritos de aeropuerto, estuvo a punto de estrellarse contra un avión. He visto a Salvador Elizondo conduciendo un Volkswagen y no lo he creído. Tito Monterroso maneja, pero tiene problemas para alcanzar el acelerador. Pepe de la Colina dice que maneja: prefiero creerle que comprobarlo. Gerardo Deniz no maneja, gracias a Dios. Gabriel Zaid encabeza la lista de los escritores mexicanos con sentido práctico que saben manejar, pero como prácticamente son invisibles su coche y él, no cuenta. Muchos de nuestros bestsellers manejan muy bien. Razón de más para dudar que sean escritores.

Cierto: conforme nos acercamos en las generaciones literarias a la actualidad, encontramos más exponentes del volante. Pero manejar en la ciudad de México involucra vivencias neuróticas que exacerbaban las propias neurosis literarias, y no somos pocos los desertores decididos de la práctica automovilística. Por lo demás, peregrino, me he subido a muchos coches de colegas y no tengo todavía el honor de conocer ni de lejos al Tarufi de las letras mexicanas. <

LUIS IGNACIO HELGUERA